

EL ESTRUCTURALISMO

Por AGUSTIN RICO ORTEGA

El estructuralismo nace en las primeras décadas del siglo XX como una corriente cultural caracterizada por concebir cualquier objeto de estudio como un todo, cuyos miembros se relacionan entre sí y con el todo de tal manera que la modificación de uno de ellos modifica también los restantes y que trata de descubrir el sistema relacional latente (es decir, su estructura), valiéndose de un método que rechaza por igual el análisis (la descomposición) y la síntesis (recomposición). Opuesto, pues, al asociacionismo como el atomismo.

Aunque Marx había desarrollado mucho antes la noción de estructura en Economía y Spencer en Sociología, suele tomarse como punto de partida del estructuralismo los trabajos de varios psicólogos alemanes de la Gestalt hacia 1912 y el «Curso de Lingüística General» de 1916 del suizo Ferdinand de Saussure (que por cierto no empleó el término estructural).

Para los psicólogos alemanes de la escuela de «Sicología de la Forma» J. Volkelt, Wertheimer, Koffka y Köhler, los procesos psíquicos son todos unificados y no una suma de actividades o elementos separados. El principio fundamental en que se basan es que una totalidad, lejos de ser la suma de las partes que contiene, informa y configura dichas partes. Así, pues, el término estructura designa un conjunto en el que cada una de las partes que lo integran sufre alguna modificación por el mismo hecho de pertenecer al conjunto y tiene propiedades distintas de las que podrían tener si perteneciesen a otro conjunto o grupo de estructuras tanto en su aspecto sensible como en su función, sentido o valor.

Esta relatividad esencial de las partes de un todo supone el abandono del asociacionismo que suponía que los elementos integrantes (sensación, idea, imagen, etc.) se combinaban únicamente siguiendo las leyes de la contigüedad. De ese modo el papel del azar y de las adquisiciones empíricas en la vida síquica queda restringido.

Saussure en su «Curso» concibió el lenguaje por vez primera y como reacción a las concepciones historicistas, como un «sistema de signos» cuyo sentido se basa en la relación de éstos entre sí. A partir de él se comenzó a estudiar el lenguaje como un conjunto de elementos solidarios que constituye una estructura. Este concepto se extendió a las Ciencias Naturales y a las Ciencias Sociales dando lugar a un nuevo punto de vista de la investigación científica.

De esta manera fue acogido por todas aquellas disciplinas científicas que se ocupaban de una realidad compleja. Así nos encontramos su aplicación al estudio de los seres vivos (biología) de las sociedades primitivas (etnografía y antropología estructural) desarrolladas principalmente desde esa ópti-

ca por Claude Lévi-Strauss), al psicoanálisis con Jacques Lacan, al arte con Pierre Francastel, al urbanismo, a la arquitectura (G. Dorflès, Renato de Fusco, U. Eco, etc.), a la Literatura (Todorov) a las matemáticas, a la música, a la economía (Wagemann, F. Perroux) y hasta en la moda femenina de la que se ha ocupado Roland Barthes en algunos de sus trabajos.

Esta generalización de la metodología estructuralista a disciplinas tan diferentes hizo sentir la necesidad de arbitrar normas y terminologías que fueran comunes al uso en los distintos campos. También dio lugar a que el estructuralismo dejara cada vez más, de ser un método operativo para transformarse en una filosofía de perfiles no siempre nítidos y no exenta de contradicciones.

El contraste entre la metodología estructuralista y la marxista es bien evidente. Aquella está empeñada en considerar el objeto de su estudio en términos de estructura autónoma y ahistórica en oposición al método marxista de análisis de la realidad, que es dialéctico y de raíz historicista; es la oposición entre el sincronismo de los estructuralistas y el diacronismo de los marxistas. En todo caso algunos investigadores han intentado conciliar las dos posturas como Lucien Goldmann que define el materialismo dialéctico como un estructuralismo genético generalizado.

La noción de modelo permite situar dos corrientes divergentes del pensamiento estructuralista, aquellas que conciben la estructura sólo en términos de modelos y aquellas otras que reconocen la incapacidad de los modelos para representar una realidad concreta.

El concepto de estructura social para los estructuralistas no se refiere a la realidad empírica, sino a los modelos formalizados a partir de ella. Son las relaciones sociales las que sirven de base para la construcción de modelos que pongan de manifiesto la estructura social existente y que permitan al investigador traducir la realidad en estructura.

La posibilidad de construir múltiples modelos a partir de las observaciones empíricas realizadas hace necesario explicar las reglas precisas que aseguren una interpretación teóricamente válida. Así el modelo válido será aquel que siendo el más simple sólo explique los hechos previamente seleccionados, y los explique todos. La validez del modelo es operante, vale en tanto que explica.

Las clases de modelos considerados se agrupan en:

1) Conscientes o normas cuya función es perpetuar la ciencia y los usos más que explicarlos, e inconscientes, que se refieren a los fenómenos no incluidos en el sistema y son los que trata de descubrir el estructuralista.

2) Mecánicos y estadísticos. Los primeros son aquellos en los que todos los elementos de que consta están en la misma escala que los fenómenos observados; en los segundos, los elementos están a escala distinta que los fenómenos.

Los modelos para que sean operativos deben tener unas propiedades formales que permitan su comparación independientemente de los elementos que lo componen (concepto de homología) y que los haga compatibles con un tratamiento matemático.

Antes de seguir, es importante establecer una distinción entre dos acepciones distintas del estructuralismo de origen lingüístico. Una la que procede de las «Thèses» presentadas colectivamente por los miembros del «Círculo de Praga» al primer Congreso Internacional de eslavistas celebrado en la ciudad de Praga en 1929, ésta permite ensayar una definición de estructuralismo como: aquel enfoque (respecto de cualquier materia) que tiene por objeto, en expresión de las *thèses*, «las leyes de la solidaridad», las «relaciones recíprocas» de los diversos hechos bajo observación en vez de considerarlos aisladamente. En este sentido Trubetzkoy, fundador del Círculo, usa el término en su artículo «La fonología actual» en 1933: «la edad en que vivimos está caracterizada por la tendencia de todas las disciplinas científicas a reemplazar el atomismo por el estructuralismo y el individualismo por universalismo». Esta idea fue recogida por Cassirer y Piaget. Piaget ha definido el estructuralismo como un método de investigación basado en el concepto de totalidad, autorregulación y transformación común no sólo a la antropología y a la lingüística sino también a las matemáticas, la física, la biología, la psicología y a la filosofía.

La otra acepción del término a la que nos referimos es más estricta. El estructuralismo en este otro sentido, representa una forma de pensamiento más distintivo, que abarcando los principios de la primera acepción deriva específicamente de las teorías estructuralistas de la lingüística. Es en este sentido como el estructuralismo inspirado en el «Curso» de Saussure y asentado en la antropología de Lévi-Strauss ha tomado cuerpo, siempre bajo el supuesto de que las teorías y los métodos de la lingüística estructural son aplicables, directa o indirectamente al análisis de todos los aspectos de la cultura humana, en cuanto que todos ellos como la lengua, pueden considerarse como sistemas de signos. El estructuralismo visto así es más o menos sinónimo de la Semiología o Semiótica.

En una ocasión Lévi-Strauss argumentaba que siguiendo el ejemplo de lingüista, el antropólogo podría reproducir en su propia disciplina la «Revolución fonológica» como en la obra de los oponentes más serios y capaces de la lingüística.

La razón de que la lingüística pueda ser útil para el estudio de otros fenómenos culturales se basa en dos ideas fundamentales: una, esbozada anteriormente, en que los artefactos sociales y culturales son signos, y otra, en que no tienen una esencia propia sino que están definidos por una red de relaciones tanto internas como externas. Se puede poner el acento en una u otra idea, pero de hecho las dos son inseparables, pues al estudiar los signos hay que contar con el sistema relacional que permite que se produzca significado y, recíprocamente, las relaciones entre los elementos sólo se ponen de manifiesto si se considera a éstos como signos.

Resumiendo, pues, el estructuralismo del que vamos a tratar se basa en que si las acciones o producciones humanas tienen un significado, debe haber un sistema subyacente de convenciones que lo haga posible.

Tomando el ejemplo del baloncesto, siempre que haya una cesta uno podrá encestar, pero solamente se marcará un tanto si esto se hace respetando un conjunto de reglas previamente establecido.

Por lo tanto las acciones tienen significado siempre y cuando estén referidas a un marco de convenciones instituido. Así las reglas del castellano permiten que secuencias de sonidos tengan un significado tanto para el que habla como para el que escucha y que hacen posible construir frases gramaticales correctas e incorrectas.

Dos interlocutores se entienden, en castellano o en gallego, porque los mensajes emitidos por cada uno de ellos están con un código que ambos comparten.

Del mismo modo podríamos decir del trabajo, por ejemplo, del sociólogo o el antropólogo estructuralista, que consiste en explicar el conocimiento implícito que permite a las gentes funcionar como miembros de un grupo o una sociedad particular.

Si los significados dados a los objetos o a las acciones no son fenómenos puramente aleatorios, entonces debe haber un sistema de distinciones, categorías y operaciones que hay que explicar. Este es el fundamento de la extrapolación de los métodos de la lingüística, en concreto de la fonología, a otras disciplinas.

El modelo lingüístico sugiere que la tarea del estructuralista en cualquier campo no es describir un «corpus» de datos o establecer taxonomías como hacen las Ciencias Naturales, sino estudiar el conjunto de relaciones subyacentes mediante las cuales las cosas pueden funcionar como signos.

Nos hemos ocupado de la lingüística estructural sólo en la medida que nos ha permitido afirmar que sus métodos específicos podrían servir para proporcionar un nuevo enfoque de la investigación en otras ciencias. No estará demás ocuparnos de ella con más detenimiento.

Para empezar, resumamos la tesis central del estructuralismo saussuriano en lo que a la lengua se refiere. En su aspecto más general consiste en que cada lengua está cortada de acuerdo con un patrón único y que las unidades que identificamos en el análisis de las locuciones pueden identificarse únicamente en términos de sus relaciones con otras unidades de la misma lengua. Cada lengua es una estructura particular —sonidos, palabras, significados, etc.— no son más que hitos en la estructura o red de relaciones.

Veamos cuáles son a grandes rasgos las tesis estructuralistas en los distintos niveles de investigación de la lingüística:

Por ejemplo, en la fonología, que se ocupa de la configuración de los sonidos en una lengua, podemos preguntarnos ¿cuántos sonidos o fonemas intervienen en la pronunciación de la palabra castellana «paz»? ¿Cuáles son y cómo están combinados? La pronunciación de la palabra paz se lleva a cabo casi como una explosión continua de sonido y no como una secuencia de unidades sonoras discretas. A pesar de todo el fonetista sería capaz de analizar un gran número de componentes acústicos superpuestos, pero al estructuralista lo que le interesa es determinar las relaciones entre los fonemas para que constituyan una identidad de patrón o de estructura que asegure que no se trata, por ejemplo, de «faz».

La tesis estructuralista para este nivel se enunciaría diciendo que cada lengua establece unas distinciones en el continuo de los sonidos y las hace funcionales o lingüísticamente relevantes para distinguir entre sí palabras como «paz» y «faz», «pez» y «vez», etc.

A nivel de la gramática las cosas difieren poco. Categorías gramaticales como número (singular, plural), género (masculino, femenino, neutro), tiempo (pasado, presente, etc.) pueden ser bastante generales en casi todas las lenguas, pero de ningún modo son universales y por lo tanto transferibles. Respecto al análisis gramatical el estructuralista diría que el número indefinido de posibles distinciones, cada lengua selecciona un conjunto determinado, y las «gramaticaliza» en términos de categorías tales como tiempo, género, persona, caso, etc., y agrupa las palabras según principios diferentes en las distintas lenguas en las clases que tradicionalmente se denominan partes del discurso (adjetivo, pronombre, verbo, etc.) y recalcará que las unidades gramaticales a las que nos hemos referido obtienen sus valores lingüísticos del lugar que ocupan en la red de relaciones funcionales entre ellas.

El mismo enfoque utilizaría en el estudio del vocabulario de una lengua.

Ante la imposibilidad de ofrecer un panorama al menos aceptable de los puntos de acuerdo o desacuerdo de las distintas escuelas lingüísticas con las tesis mantenidas por Saussure, vamos a limitarnos a exponer las cuatro dicotomías saussurianas que han tenido gran importancia en el desarrollo de la lingüística.

La *primera dicotomía* es la de «sustancia» y «forma»: para Saussure las lenguas resultan de la imposición de la forma a dos tipos de sustancias diferentes, sonido y pensamiento.

El «significante» deriva su existencia y su esencia de la estructura (forma) impuesta por una lengua sobre el continuo del sonido (sustancia).

El «significado» de Saussure deriva de la imposición de estructura sobre el continuo del pensamiento. La combinación del «significante» con el «significado» constituye el signo lingüístico.

Un «significante» y el «significado» correspondiente no existen el uno con independencia del otro. Ni tampoco existen fuera de la lengua particular en que se establecen.

Muchos estructuralistas han definido el «significado» como categorización de la «realidad» o del «mundo» y no como una imposición de la forma sobre la sustancia del pensamiento.

La *segunda dicotomía* se ocupa de las relaciones que constituyen lo que los lingüistas llaman «el doble eje del lenguaje» cada uno de los cuales engendra sus propios valores.

El primer eje es el de los sintagmas; el sintagma es una combinación de componentes lingüísticos (palabras, fonemas, etc.) que tienen como soporte la extensión lineal. Las relaciones sintagmáticas son las que se derivan de la combinación de un elemento con los que le preceden o lo siguen. Por lo tanto, un sintagma se compone al menos de dos unidades (ej.: ca-sa, p-a-z-, etc.).

El segundo eje es el del paradigma —si nos atenemos a la terminología de Roland Barthes— o el de las «asociaciones» según la de Saussure. Estas relaciones asociativas no tienen como soporte la extensión, sino que se asientan, como dice Saussure, en el cerebro de los hablantes. Son las que

tienen lugar entre un elemento que está presente en un contexto y otros de la misma condición que podrían estar en su mismo lugar; ej.: en el sintagma prenatal podemos sustituir «natal» por «fijado», entonces tendríamos «prefijado», en el caso de hacer la sustitución por «cocinado» nos resultaría «precocinado», etc. Decimos entonces que fijado y cocinado están en relación paradigmática con natal.

Saussure nos brinda un buen ejemplo para ilustrar los dos tipos de relaciones: «desde este doble punto de vista, dice, las unidades lingüísticas son comparables a las partes concretas de un edificio, las columnas, por ejemplo; éstas se encuentran, por una parte, en una cierta relación con el arquitecno que sustentan; disposición de unidades presentes en un mismo espacio que hace pensar en la relación sintagmática; por otra parte si estas columnas resultan ser de orden dórico, evocarán una comparación mental con los demás órdenes (jónico, corintio, etc.) que son elementos no presentes actualmente en el espacio; la relación es entonces asociativa».

Hemos visto que la lengua tiene en cada nivel de análisis dos dimensiones o ejes estructurales y que todo elemento tiene su lugar en uno o más puntos de esa estructura. La lingüística moderna ha ido más lejos que Saussure en su explicación de la noción de relación sintagmática. En concreto la «Gramática Generativa» de Noam Chomsky ha proporcionado una idea más rica y poderosa de la combinación, que no consiste sólo en la mera sucesión.

La *tercera distinción* de Saussure es la que establece entre «langu» (lengua) y «parole» (habla).

La «lengua» es el conjunto de convenciones necesarias adoptadas por el cuerpo social para permitir el uso y la facultad del lenguaje. La «lengua» es un todo en sí misma y un principio de organización.

Por «habla» se entiende el elemento individual del lenguaje o comportamiento lingüístico particular de cada hablante. Esta es una de las distinciones que más controversia ha suscitado. Saussure suponía que la lengua existe en la colectividad bajo la forma de una suma de improntas depositadas en el cerebro de cada hablante. En esto no todos los lingüistas se ponen de acuerdo.

La *cuarta distinción saussuriana* es la que establece entre el estudio «sincrónico» y «diacrónico» de las lenguas.

Por estudio «sincrónico» se entiende la investigación de la estructura de una lengua tal como es en un momento dado o como era en otra época.

Por estudio «diacrónico» hay que entender la investigación de los cambios habidos en una lengua entre dos puntos en el tiempo.

En su afán de obtener los invariantes de una lengua, el estructuralismo ha llegado de un modo natural, a plantearse el problema de los invariantes del lenguaje en general; los universales lingüísticos, no de una lengua en particular, sino aquellos que subyacen en todas las lenguas, postulado que no todos los lingüistas comparten.

Al igual que los lingüistas los antropólogos sociales intentan encontrar los «universales» que yacen a nivel profundo en la diversidad de las culturas humanas. Generaciones de antropólogos han querido dar con ellos con poco éxito. Sin embargo los estructuralistas piensan que ellos tienen la clave.

Los antropólogos están del lado de Chomsky al pensar que la parte más importante de la comunicación cultural no depende de mecanismos de estímulo-respuesta, sino que es de naturaleza lingüística. Por lo tanto, piensan que la meto-

dología utilizada por el lingüista es transferible de pleno a su disciplina pero con una diferencia: el lingüista no se preocupa demasiado por los significados en sí mismos, sino que está más interesado en descubrir la estructura del sonido para que transmita significado. Pero el antropólogo no sólo necesita descubrir la estructura presente en lo que estudia, sino que además debe decir qué significado tiene.

En su enfoque estructuralista el antropólogo supondrá que la realidad que observa transmite información en términos de relaciones sintagmáticas y paradigmáticas. Después hará suyas las consideraciones del fonólogo estructuralista para el que los elementos fónicos representados por las letras del alfabeto no tienen ningún sentido por sí mismos sino únicamente cuando se ensartan en una cadena y, lo que todavía es más importante, que el cerebro humano diferencia un elemento fónico de otro en una cadena no en términos de unidades de sonido como tales, sino de rasgos distintivos subyacentes; distinciones como vocal//consonante, sonido denso de alta energía//sonido difuso de baja energía, etc., es decir, valora el material a un nivel de relación de relaciones.

Esta versión de los rasgos distintivos es la que ha explotado Lévi-Strauss en su investigación antropológica haciendo una selección de oposiciones binarias significativas culturalmente, equivalentes a las que hemos visto en la fonología.

Algunas de estas oposiciones binarias son:

Mano izquierda//mano derecha

Las dos manos son semejantes en cuanto que son manos, pero son opuestas ya que una es la izquierda y otra la derecha. Esta oposición es especialmente fructífera en significados metafóricos: está muy extendido en muchos y diversos ambientes culturales asociar con «izquierda» lo siniestro, misterioso, oscuro, etc., y con «derecha» lo correcto, bueno, positivo, etc.

Crudo//cocido

Lo que diferencia en los hábitos de comida al hombre del animal es la elaboración de parte de la comida por el fuego. El cocer o cocinar es un rasgo cultural frente al rasgo natural que supone consumir todo crudo. Esta oposición es fácilmente trasladable para establecer otras a un nivel distinto: cultural//naturaleza; domesticado//salvaje; civilizado//primitivo, etc.

Son muchas las oposiciones de este tipo y las relaciones metafóricas que pueden establecerse. Y son éstas las que utiliza el antropólogo como claves de interpretación, que le permiten reducir a principios fundamentales los fenómenos culturales que observa (mitos, costumbres, ritos simbólicos, etc.).

Además y concretamente en la Mitología, la tesis de la «variación sobre un tema» es también la regla de oro de análisis estructuralista. En este campo, la innovación más importante en el enfoque de Lévi-Strauss fue el reconocimiento de que las historias mitológicas siempre existen como conjuntos y no aisladamente.

Vemos que un método que encontró sus raíces en la lingüística, ha servido para proporcionar nuevos puntos de vista de la investigación en muchas y variadas disciplinas, aunque aquí nos hayamos detenido solamente en su campo de origen y en la antropología.

El estructuralismo no se resiste a pasar únicamente como un método operativo y no escatima esfuerzos para convertirse en una filosofía, cuando no en una mística, incluso una religión.